

Vida de la Academia

Palabras de Clemente Forero Pineda en el homenaje de ACCE-ACCEFYN a Enrique Forero González - Agosto 12 de 2024

Es un inmenso honor para mí que la Academia Colombiana de Ciencias Económicas y la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales me permitan dar hoy un testimonio sobre los momentos que compartí con Enrique Forero González. Considero que Enrique fue el líder científico que ha dejado la más honda huella en la Colombia del último cuarto de siglo.

Cuando Enrique falleció, un número de la Revista de la Academia de Ciencias se dedicó a recordar su vida (<https://raccefyn.co/index.php/raccefyn/issue/view/223>). La presidenta Helena Groot destacó el compromiso de su antecesor con la ciencia como un ideal de vida y nueve académicos más escribieron semblanzas de él en ese número. Alberto Gómez describió la entrega y la identificación de Enrique con la Academia, reconociendo que durante su presidencia, y después, Enrique vivió para la Academia y por la Academia; Ángela Camacho resaltó sus esfuerzos por visibilizar el aporte femenino a la ciencia colombiana, y Carlos Jaramillo, su batalla por un mayor presupuesto para la ciencia. Darío Valencia, por su parte, explicó las grandes realizaciones de la Academia durante la presidencia de Enrique: el programa STEM-Academia, la internacionalización de la institución y el liderazgo en distintos foros multilaterales, la impronta que dejó en las políticas públicas, la gestación, conformación y masiva participación de la Academia en la Misión Internacional de Sabios, y la presencia de la institución en muchos rincones del país; Elizabeth Hodson destacó su capacidad de gestión para la promoción de la ciencia y para llevar a los territorios la idea de la sociedad del conocimiento, así como su liderazgo internacional y el equipo de trabajo que construyó; Gonzalo Andrade relató su trayectoria como botánico y sus aprendizajes al lado de Enrique, así como lo hizo José Luis Fernández, del Real Jardín Botánico de Madrid, señalando principalmente su participación en el proyecto Calliandra (*Leguminosae*) en el piedemonte llanero. Luis Fernando García compartió con los lectores cómo se habría cumplido su sueño de trabajar al lado del investigador en sus expediciones y narró la actitud del hombre frente a una enfermedad terminal. Por último, Moisés Wasserman se detuvo en algunos rasgos de la personalidad de Enrique: su insensibilidad a los halagos, su incapacidad de entrar en conflicto, su obsesión por cumplir compromisos.

Hoy comparto con ustedes mi admiración por Enrique y mi visión sobre su liderazgo científico. Conocí de la existencia de Enrique Forero por allá en los años noventa; supe que durante cinco años había sido el director de investigaciones del Missouri Botanical Garden y presidente de la Organización Flora Neotrópica entre 1981 y 1988, y que en aquel momento era el director de Botánica sistemática del Jardín Botánico de Nueva York. Yo estaba en Colombia, pero ya las bases de datos científicas habían sido digitalizadas y comenzaron a popularizarse. Los autores figuraban en estas bases solo con la inicial del nombre y el primer apellido. Comencé a recibir correos del Institute of Scientific Information, el célebre ISI, preguntándome si C. Forero era el mismo E. Forero que había escrito este o aquel artículo sobre plantas. No somos parientes cercanos, aunque él sostenía que todos los Forero veníamos de la misma rama. Las validaciones de autoría del ISI se repetían cada vez que Enrique publicaba. Siempre les respondía que yo no era el autor, pero por curiosidad que ustedes sabrán comprender, leí algunos de esos artículos, de forma que terminé aprendiendo que en la Amazonia colombiana habitaba una especie nueva de la familia Dipterocarpaceae y otras cosas por el estilo.

Enrique Forero era un botánico de reconocimiento mundial y a lo largo de su carrera publicó más de un centenar de trabajos. Por ello, pero sobre todo porque fue un maestro a cabalidad toda su vida, no les sorprenda si les digo que hoy hay 28 especies de plantas y líquenes que llevan su nombre; el que una especie lleve el nombre de un botánico es el máximo reconocimiento que éste puede recibir. Enrique Forero recibió ese homenaje en 28 ocasiones.

¿Cuándo le agregé Enrique a su vida de botánico de renombre la de líder científico? Recientemente me encontré con un artículo visionario que me permite aventurar una respuesta. En 1998, Enrique escribió para una revista mexicana de ciencias los siguientes párrafos, que marcarían el derrotero de la segunda parte de su vida. Decía:

Varios países de América Latina enfrentan en la actualidad una nueva crisis económica. En algunos de ellos esa crisis económica está acompañada de una aguda crisis política y de una igualmente profunda crisis de valores. En tiempos de crisis, el medio ambiente se convierte en la cenicienta de los gobiernos. ¿Por qué habría de ser importante apoyar las investigaciones sobre diversidad biológica en los países tropicales del hemisferio si hay otros problemas más urgentes por resolver? ¿Por qué habría de ser prioridad para un gobierno preocuparse por la desaparición de las especies cuando el precio del petróleo o del café está declinando en los mercados mundiales?.

Nuestro conocimiento de la riqueza biológica del continente americano no comenzó a generarse hace cinco o diez años. Al contrario, tiene una larga y fructífera historia. Sólo que no se hablaba de 'biodiversidad'.

No veo que la brecha entre nuestros países y los países llamados desarrollados o del primer mundo se haya reducido.

Los problemas del medio ambiente en América Latina no se reducen solamente a las políticas gubernamentales, o a la ausencia de ellas, o a los demás elementos que he mencionado hasta ahora. Los problemas de la biodiversidad y la conservación en la región también tienen que ver mucho con nosotros mismos, con la actitud de la comunidad científica y académica al respecto, con nuestra pasividad, con el deseo de diagnosticar todas las situaciones ad infinitum sin llegar jamás a respuestas concretas.”

Este no era solo un reclamo. En este escrito está plasmado el objetivo y el derrotero de lo que sería la segunda parte de la vida de Enrique. En sus palabras interpretaba a toda una generación de colombianas y colombianos, de latinoamericanos, que hemos vivido convencidos de que el conocimiento es indispensable para forjar un mejor destino para nuestros pueblos.

Desde aquella época, Enrique se fue transformando en el líder de la comunidad científica que conocimos. Y tenía tan claro su objetivo - darle un vuelco a las condiciones en que se hace la ciencia en Colombia - que tomaba decisiones y las ejecutaba a una velocidad impresionante.

A la vuelta del siglo, vine a conocerlo personalmente, porque ambos aceptamos ser candidatos a la rectoría de la Universidad Nacional. En nuestras giras por las seccionales, tuvimos mucho tiempo para compartir. Enrique era decano de la Facultad de Ciencias entonces. Su prestigio científico, su calidad humana y su convicción le permitían influir sobre todos los que se encontraban con él. La batalla de Enrique por la ciencia había comenzado y ya nunca más se detendría. A lo largo de dos décadas y media fuimos muchos - académicos y no académicos - los que tuvimos el privilegio de acompañarlo en su gesta.

En el 2013 Enrique fue elegido presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales (Accefyn). Fue reelegido para ese cargo hasta cuando el reglamento lo permitió; al término de esos nueve años, continuó sirviéndole a la Academia en otras funciones transcendentales. Conozco de cerca la labor de la Academia de Ciencias desde hace más de 35 años. Durante todo ese tiempo, la ACCEFYN tuvo presidentes brillantes, científicos ilustres, líderes destacados. Pero Enrique logró abrir ese amplio espacio que hoy tiene la Academia en la sociedad colombiana. El panorama que hoy puede apreciar la doctora Helena Groot desde la presidencia de la Academia es inmenso, y lo es especialmente a partir de la presidencia de Enrique Forero.

Enrique tenía una inmensa capacidad para unir a mucha gente alrededor de grandes objetivos. Algunas veces lo acompañé a reuniones con empresarios, con ministros, con congresistas. En todos ellos infundía respeto por su persona y por la ciencia. Acompañado de su equipo, también iba a colegios y escuelas, e interactuaba con las comunidades en ferias de ciencia regionales. Para los niños Enrique era la figura mitológica del científico. Con las universidades de las regiones, firmaba convenios para el largo plazo. Nos comprometía a todos con proyectos en territorios lejanos como el Guaviare. Era hombre de alianzas; era lo que el biólogo evolutivo Martin Nowak llama un supercooperador; fue un constructor de redes a partir de acuerdos, de planes, de compromisos y - sobre todo - de ejecuciones.

Para Enrique no había distancia entre la teoría y la práctica; ni entre el discurso y la ejecución; todo eso se movía articuladamente, como en una gran orquesta sinfónica. Su capacidad de comprometer a los gobernantes era sorprendente.

El presidente Iván Duque adquirió tres compromisos con Enrique Forero, que eran compromisos con la Academia, con la comunidad científica, con el país: convocar una misión de sabios; crear un Ministerio de CTI, y llevar la inversión del país en investigación y desarrollo (I+D) al 2 %. Al presidente Gustavo Petro lo comprometió a llevar la inversión en I+D del país al 1,5 %.

La Misión Internacional de Sabios se convocó y le hizo una gran propuesta al país de productividad, equidad y sostenibilidad - objetivos en los que todos los discursos están de acuerdo - sí, pero con la conciencia de que eso sólo se logra a través del conocimiento y de la educación de muy amplias capas de la población. El Ministerio de Ciencias se creó, aunque en condiciones muy distintas de las que se esperaban, porque las instituciones formales que no corresponden a realidades de poder no suelen funcionar. Por el contrario, en lo presupuestal y en la inversión en investigación y desarrollo, ambos presidentes le incumplieron a Enrique Forero, y al hacerlo le incumplieron a la comunidad científica, a los empresarios innovadores, a la sociedad y al país.

Las relaciones de Enrique con los gobernantes no siempre fueron fáciles. En los momentos difíciles sacaba a relucir su apego a los principios de la ciencia, aún cuando ello significara enfrentarse a los poderosos. Todos admirábamos su capacidad para no romper relaciones, inclusive después de una reunión en que hubiera tenido que defender esos principios con su carácter y con la fuerza de sus palabras.

Enrique impulsó, gestó y armó la Misión Internacional de Sabios que se inició en el 2019. Hizo valer el compromiso presidencial de convocarla; aseguró la llegada de más de una docena de académicos y académicas, no solo colombianos sino extranjeros, a la Misión. La acompañó en su diario trajinar y en sus batallas. Y aseguró que su mensaje fuera entendido y acogido por la comunidad científica. Con Enrique y la Academia como aliados incondicionales, la Misión de Sabios dio batallas cívicas frente a decretos del gobierno que apuntaban a reducir la ciencia a la búsqueda exclusiva de una competitividad esquiva; para que los objetivos de la investigación abarcaran la salud de la población y la sostenibilidad del medio ambiente; para que el propósito último de la ciencia se viera en su compromiso por el avance del conocimiento y el destino de la Humanidad; en fin, para que el sistema de ciencia, tecnología e innovación no fuera un simple apéndice del sistema de competitividad. La alianza Academia-Misión fue fundamental para frenar la intención de someter la ciencia a la máxima unidimensional de la competitividad.

La Academia y la Misión también lucharon juntas para tener un sistema coherente de ciencia, tecnología e innovación, y para que la ciencia fuera respetada en su diálogo con los saberes ancestrales, importante conversación que Enrique ya anunciaba en su artículo de 1998. Unidas lucharon para que la estructura del Ministerio de Ciencias fuera lo más racional posible y, aunque no se logró que fuera un ente coordinador de las actividades de rueda suelta de los seis sistemas sectoriales de investigación, la propuesta de un auténtico sistema de ciencia, tecnología e innovación que propusieron sigue en pie.

La generosidad de la Academia con la Misión fue inmensa. Además de contribuir a su gestación, a su conformación, a su visión y a su organización, hizo viable la realización de varias iniciativas, entre ellas dos grandes eventos de neuroeducación, importante eje de las propuestas de la Misión y del programa STEM de la Academia, con la participación de los líderes mundiales del campo y de miembros de la Misión y de la Academia, así como los talleres con centenares de investigadores colombianos y maestros de zonas deprimidas de pequeños municipios comprometidos con la batalla por la calidad.

Las realizaciones de la Academia durante los nueve años de su presidencia tienen mucho que ver con la forma en que Enrique ejercía su liderazgo. Sus estudiantes, la multitud de discípulos que no fueron sus estudiantes pero cuyas vidas fueron transformadas por Enrique, sus colegas académicos y su equipo, corroboran una hipótesis que alguna vez compartí con él acerca de su liderazgo: él nunca le decía que no a nadie (lo que algunas veces lo ponía en problemas), y nunca nadie le decía que no a él. Estimulaba cualquier iniciativa, y a quienes lo rodeábamos nos parecía que todas las suyas nos abrían puertas. Enrique le daba alas a la gente. Hizo crecer la Academia de Ciencias. Aumentó en 70 % el número total de académicos para darle espacio a los más jóvenes, a las mujeres, a gestores y amigos comprometidos con la ciencia. Y revivió el Colegio Máximo de las Academias de Colombia.

Enrique se ocupó especialmente de incorporar a las mujeres científicas y a las juventudes a la Academia de Ciencias. Como lo resalta Ángela Camacho, “al comienzo de su gestión, solamente el 9 % eran mujeres; Enrique Forero logró doblar ese porcentaje a un 18 % de mujeres académicas y entregó la presidencia de la Academia a una científica, Helena Groot”.

Es ejemplar la forma en que involucró a la naciente Academia Joven en la discusión crítica y la divulgación de los planteamientos de la Misión de Sabios. Con ello nos enseñó que una academia joven se construye asignándole tareas mayúsculas. Enrique era un maestro auténtico, un formador de investigadores, un compañero de sus discípulos. Su apoyo a las ideas de sus estudiantes y sus discípulos fue fundamental en forjar carreras científicas muy exitosas. “Creyó en mí y eso me hizo creer en mí misma”, dice Bibiana Moncada, quien hoy es curadora de líquenes y briofitas en el Herbario de Berlín. Las 28 especies que llevan el nombre de Enrique Forero reflejan la calidad humana y la sabiduría del maestro, el cariño de sus discípulos por la persona y el agradecimiento al guía. Es particularmente significativo que, ya después de su muerte, dos discípulos y un colega hayan registrado tres nuevas especies de líquenes con el nombre de Enrique Forero González: *Lobariella foreroana*, *Sticta henrici* y *Yoshimuriella enfogoa* (doi: <https://doi.org/10.18257/racefyn.1978>). Enrique alcanzó a leer el borrador del artículo, discutirlo, controvertirlo y, finalmente, aprobar su metodología antes de dejarnos.

En otro ámbito de su incansable labor, Enrique iba a los colegios y escuelas personalmente a llevar el mensaje de la ciencia, a acompañar exposiciones científicas, a iniciar procesos de transformación de las mentes hacia la ciencia. En Boyacá y en barrios deprimidos de Bogotá se recuerdan sus visitas. Creía firmemente que transformar los cerebros de los niños y adolescentes era la forma de hacer realidad los sueños de un nuevo país. Con el apoyo de su equipo, convirtió los estantes de la Academia en una biblioteca itinerante que iba por las ferias de libros y escolares de las regiones, comunicando la noticia de la ciencia.

Su equipo lo recuerda con especial devoción. “Nos permitió vivir y ser Academia”, para él, “todo el mundo merecía una respuesta”, son algunos de sus testimonios. Él les llamaba su “junta directiva alterna” y les escuchaba. “En la Academia se hace lo que Enrique obedece”, respondía. En su incansable entrega a la Academia de Ciencias, Enrique no puso ningún límite. El equipo se convirtió en parte de su familia, ellos y ellas lo acompañaban en todo. Hoy evocan especialmente su infinita generosidad, particularmente en momentos de dificultades, las narraciones de sus aventuras en campo, que compartía con ellos, el trato amable, y el interés sincero en sus vidas y en sus familias.

Es esta apenas una rendija que se abre sobre la huella que dejó Enrique Forero González entre nosotros, un año después de su pérdida (porque para muchos de nosotros lo fue), una mirada sobre la vida de un constructor de redes de conocimiento y de humanidad;

un agente activo de la política científica desde la sociedad civil; el transformador de la Academia de Ciencias; el científico que por primera vez logró comprometer a presidentes de la República con la ciencia; el gestor, creador, defensor y divulgador principal de la Misión Internacional de Sabios; el maestro que nos dejó un legado de bonhomía y de compromiso con el conocimiento.

Enrique es el modelo de los líderes que necesita la ciencia en nuestro país: científicos reconocidos y realizados con gran capacidad de orientar políticas, de dialogar con gobernantes y convencerlos, de limar asperezas y de tender puentes con todos los sectores de la sociedad; de hacer crecer la audiencia, involucrando a las mujeres a la ciencia y a los jóvenes al mundo de las academias.

En nuestras vidas a veces nos encontramos con personas que encarnan una época histórica. Creo que, en la historia de la ciencia de Colombia, el recuento de los episodios de la vida de Enrique Forero González es el de la ciencia colombiana en los tiempos que hemos tenido que vivir.

Clemente Forero Pineda

Miembro honorario Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales